

UN LIBRO DE XAVIER ZUBIRI.—Desde hace algunas semanas ostentan los escaparates de nuestras librerías un libro grueso, en cuya portada se lee: «Xavier Zubiri. *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, MCMXLIV. Contiene este libro, ordenados según los términos del recién mentado epígrafe, los más importantes trabajos filosóficos del autor, y hay entre ellos tres rigurosamente inéditos. Trátase, pues, del siguiente suceso: la aparición en España de un libro serio y estrictamente dedicado a la meditación filosófica. ¿No merece este insólito suceso el comentario de cuantos públicamente escribimos, aun cuando no sea la crítica de libros nuestra ocupación habitual?

Mi comentario, oprimido por tres ineludibles limitaciones—espacio, índole de la publicación en que aparece, insuficiencia de mi formación filosófica—, quedará en decir a mis lectores, un poco escolar y escolásticamente, las notas que definen y singularizan este libro excepcional. Ya he dicho que es un libro consagrado a la meditación filosófica. Esa fórmula nos da su género próximo. ¿Cuáles son entonces las diferencias específica y singular de este libro de Zubiri? Cinco palabras pueden expresarlas: universalidad del saber, actualidad, profundidad, rigor intelectual, originalidad. Permitaseme que explique brevemente lo que con estas palabras quiero decir:

1. *Universalidad del saber.* Lo primero que sorprende en este libro es, sin duda, la universal anchura de los saberes que contiene. La Teología, la sabiduría filosófica en sentido estricto, la Filología clásica y la oriental, la Historia de las Religiones, la Física teórica, todas manejadas «desde dentro» y con suficiencia máxima, se dan cita en sus páginas.

Valoremos este hecho, más que con una fácil actitud de pasmo, desde el punto de vista de su significación histórica. La Filosofía había llegado a ser, después de Hegel y A. Comte, un saber de especialistas; habla el filósofo como habla el físico o el biólogo. Pues bien: aun cuando la Filosofía no sea tampoco, no pueda ser una enciclopedia orgánica de los diversos saberes científicos, hoy volvemos a percibir con claridad que sin un dominio hondo y suficiente de todos esos saberes, tal y como se hallan ofrecidos por cada época a la mente pensadora, no es posible una creación filosófica históricamente viva y eficaz. Siempre ha sido así. Testigos, Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant y Hegel, todos los

cuales dominaron «de veras» los saberes científicos que su tiempo les ofrecía.

2. *Actualidad.* Todos los saberes que aparecen en las páginas de *Naturaleza, Historia, Dios* representan, sin excepción, el nivel histórico alcanzado por cada uno de ellos en el momento de ser manejados por el autor del libro. *Naturaleza, Historia, Dios* es un libro «al día», según suele decirse. Lo cual es, desde luego, un mérito informativo, pero también—y esto es lo que me importa subrayar—condición ineludible de toda obra intelectual que en verdad pretenda ser creadora y operante.

3. *Profundidad.* El autor de *Naturaleza, Historia, Dios* no se limita a manejar con actualidad y soltura sus saberes, a la manera de un enciclopedista o polígrafo. Los maneja con una rara y bien definida profundidad: la profundidad ontológica. El saber físico de Zubiri no consiste primariamente en conocer con destreza y precisión a Heisenberg, Schrödinger, Dirac y de Broglie, sino en trascender desde ese conocimiento a una doctrina ontológica acerca de la realidad del mundo físico. Valga otro tanto, «mutatis mutandis», respecto al saber filológico y lingüístico que revelan sus apuntes acerca de la etimología de «altheia», sobre el sentido originario de «physis» o en torno a tal o cual hallazgo lingüístico de Benveniste.

4. *Rigor intelectual.* Otra peculiaridad del libro de Xavier Zubiri es el afilado, estricto rigor intelectual de su texto. En todo él—para saludable tormento del lector, a veces—se habla y se piensa por conceptos precisos y escuetos, no por evasivas metáforas. Dejemos de lado la cuestión de si el concepto, en tanto creación de la mente humana, es también una suerte de metáfora. Aun cuando lo sea, su índole precisa y bien definida le aísla limpiamente de toda otra especie de metáfora y le convierte en único instrumento expresivo de todo saber que pretenda llamarse filosófico. La metáfora es un ropaje o un disfraz que el hombre pone a la realidad; el concepto es la piel misma de la realidad, tal y como esa realidad se ofrece a la mente del hombre. Por eso, precisamente por eso, sin expresión conceptual no hay Filosofía propiamente dicha. Pocos libros más fieles que el de Zubiri a esta aforística verdad. De ahí que sea a un tiempo tan difícil y tan claro, tan duro y tan diáfano.

5. *Originalidad.* Dice Zubiri que su libro es un conjunto de «modestas reacciones ante algunas de las más graves inquietudes que agitan actualmente el pensamiento filosófico, en el sentido más amplio del vocablo», y atribuye la unidad

de sus trabajos a la situación en que se halla hoy instalada la «mentalidad filosófica», cosa, naturalmente, bien distinta de «la mente personal de cada pensador». No niego yo la verdad de tales asertos; pero, si son verdad, no son toda la verdad. Las reacciones de un hombre a las distintas inquietudes intelectuales están también determinadas—y hasta eminentemente determinadas—por la peculiaridad personal del que percibe esas inquietudes, las comprende y elabora ante ellas su respuesta. Porque las cosas son así, todo el libro de Zubiri está transido de originalidad zubiriana, una originalidad incoada a veces, como el propio Zubiri diría, claramente expresa otras, y nada ajena a la ejemplar profundidad con que el espíritu de Zubiri está implantado en el suelo de la verdad cristiana.

¿Será mucho esperar que un día se despliegue y acabe la originalidad filosófica incoada en este libro? «Firmemente hemos de creer—escribía Menéndez y Pelayo en 1891—que el actual angustioso momento de crisis y desgarramiento filosófico ha de terminar con una nueva y más completa síntesis especulativa»; una síntesis que, «levantándose sobre las combinaciones geométricas, mecánicas y químicas, en vez de intentar la explicación de lo superior por lo inferior, convierta los ojos al ideal eterno, sin cuya luz refleja y dispersa no es inteligible siquiera el mundo de la realidad». He aquí, con palabras de Menéndez y Pelayo, lo que como posibilidad próxima se adivina tras las páginas de este libro de Zubiri. Hacer de esa posibilidad una obra bien puede decirse que es, añadido yo, un ineludible deber de ciencia y de conciencia.

EL FILÓSOFO XAVIER ZUBIRI.—¿Hay pueblos nativamente dotados o ineptos para el cultivo de la filosofía? ¿Es el español un pueblo con aptitudes para la meditación filosófica o carece de ellas? Todos cuantos conocen por dentro la historia reciente de España saben el ahinco con que las mejores cabezas españolas se propusieron en la segunda mitad del siglo XIX esas dos interrogaciones susodichas. Movíales a ello una honda inquietud española: la inquietud entrañable de todos cuantos se preguntaban si España, la España de entonces, pobre y quebrantada heredera de la España que fué, era o no capaz de vivir como vivían los pueblos «europeos» y «modernos».

No es hoy mi propósito hacer inventario de las múltiples respuestas; me es suficiente recoger el juicio de Menéndez y Pelayo y la opinión de Ganivet. Afirmó con ardimiento Menéndez y Pelayo la existencia de verdaderos filósofos entre

los españoles; pero cuando no fué propósito de don Marcelino la alabanza, sino la definición, puso un poco en duda nuestra disposición para los empeños especulativos. «La gente española propende a la acción y se distingue por el sentido práctico y por la tendencia a las artes de la vida», escribió. No difiere mucho de este juicio el de Angel Ganivet según el cual los españoles de espíritu egregio no suelen sujetarse a la disciplina de la meditación filosófica y se evaden hacia el arte y la religión. De aquí que el intelectual español haya sido místico, teólogo, jurista, moralista, geopónico o poeta antes que filósofo en sentido estricto.

¿Mantendrían sus opiniones Menéndez y Pelayo y Ganivet si viviesen en nuestros días? Creo que no. Para cambiar de criterio les hubiese bastado, tal vez, advertir la simultánea presencia de dos vigorosas mentes filosóficas en el área de la vida española: la de José Ortega y Gasset y la de Xavier Zubiri. De este último quiero hablar, aunque no pueda hacerlo sino con casi aforística concisión.

Tres rasgos principales definen, a mi ver, y en cuanto una persona puede ser definida, la extraordinaria personalidad intelectual de Zubiri.

Consiste el primero en el rigor, la sutileza y la hondura de su mente. No creo exagerar una pizca diciendo que desde Suárez no hubo en España un espíritu filosófico tan riguroso, tan sutil y tan hondo como el de Zubiri. Vive la mente de Zubiri plenamente instalada en el primero y más genuino de los problemas filosóficos—el metafísico—y sabe expresar en conceptos precisos y limpios las diversas aventuras de su acrisolada vida intelectual. Por los caminos de la Filología, de la Física, de la Teología o de la Filosofía propiamente dicha, su pensamiento es, copiando y completando el dicho de Platón, una «gigantomaquia conceptual en torno al problema del ser».

En lo cual va apuntado el segundo de los rasgos de su personalidad intelectual: la universalidad de su saber. El filósofo Zubiri es todo antes que un «especialista» de la Filosofía. Pocos conocerán tan «en vivo» como él la historia entera del pensamiento filosófico, desde las sabidurías orientales y los pensadores jónicos hasta la obra de Bergson, Husserl, Scheler y Heidegger. Pero, junto a este saber estrictamente filosófico hay en su espíritu otros no menos suficientes y actuales: la Filosofía oriental y la clásica, la Historia de las Religiones, la Matemática, la Física teórica, la Biología, la Teología cristiana. ¿Quién es hoy capaz de manejar simultáneamente, y con tan íntegra suficiencia, el pensamiento de

los Upanisads, los comentarios de Cayetano a Santo Tomás y los más recientes resultados de la mecánica ondulatoria? Desde Hegel y Augusto Comte no se había vuelto a dar, hasta Zubiri, el tipo del filósofo que para plantearse su propio problema se haya visto en la necesidad—así, «en la necesidad»—de señorear con acabamiento todos los saberes intelectuales de su época. No es preciso ser augur para advertir las perspectivas futuras de este pasmoso hecho.

Defínese, en fin, la personalidad intelectual de Zubiri por el lúcido y bien arraigado apoyo de su espíritu en las verdades sobrenaturales del Cristianismo. Siempre ha tenido la filosofía, desde Tales y Anaximandro hasta Bergson, una zona de contacto con los problemas que la Divinidad ofrece a la existencia del hombre. Hay en ello una necesidad constitutiva de la mente humana, aunque el filósofo quiera desconocer o desfigurar su personal necesidad. Pues bien: en el caso de Xavier Zubiri, esa necesidad está constantemente sentida de una manera cristiana, católica. He aquí otra prenda de la fecunda originalidad de su pensamiento.

Así—riguroso, profundo, universal, cristiano—es el pensamiento de Zubiri, que en estos días cumplió los cuarenta y siete años de su edad. Hace pocos meses ha publicado su primer libro, bajo el título *Naturaleza, Historia, Dios*. Todos los españoles que para afirmarse en sus estimaciones necesitan refrendo de ultrapuertos podrán comprobar la verdad de cuanto he dicho y el firme fundamento de nuestra esperanza. Porque para muchos, lo mejor de nuestras esperanzas intelectuales—tal vez no sea ocioso decirlo—está vinculado a la futura obra filosófica de Xavier Zubiri.

LAS CARTAS Y LOS HOMBRES.—No hay un documento que revele la verdadera intimidad de un hombre por modo tan evidente—tan acuciante, me atrevería a decir—como sus cartas. Un libro, hasta el más directamente autobiográfico, va siempre dirigido a un «público»; y si hay en él hebras o flores de vida personal, la materia de ésta es la que conviene a «todos» o, cuando menos, a «muchos». No poco hay del hombre José Martínez Ruiz en el «Antonio Azorín» de *La voluntad*; pero si bien se mira, casi todo ese «no poco» es aquello por lo que «Antonio Azorín» puede ser símbolo de una generación de españoles: José Martínez Ruiz cuidará de decirnoslo con sincera explicitud en las páginas finales de su novela.

Las cartas son otra cosa. En ellas habla un hombre a otro hombre, sólo a él, y esta insuperable reducción del diafragma

P. Lain Entralgo, *Vestigios, Epígrafe*
Madrid 1948